

COLECCIÓN VALLE DE PÁCHACAMAC

LA REVISITA DE SISICAYA, 1588

Huarocharí veinte años antes de *Dioses y Hombres*

Frank Salomon, Jane Feltham
y Sue Grosboll



Capítulo 2



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

La revisita de Sisicaya, 1588
Huarochirí veinte años antes de Dioses y Hombres
Frank Salomon, Jane Feltham y Sue Grosboll

© Frank Salomon, Jane Feltham y Sue Grosboll, 2009

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Foto: dominio público. En Giglioli, Henry Hilyer (1891). On Two Ancient Peruvian Masks Made with the Facial Portion of Human Skulls. *Internazionali Archiv für Ethnographie*, 4, pp. 83-87.

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: diciembre de 2009

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-15992

ISBN (obra completa): 978-9972-881-4

ISBN (volumen 2): 978-9972-42-917-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501360900944

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

La arqueología de Sisicaya

Jane Feltham

Institute of Latin American Studies,
University of Liverpool, Liverpool

Este artículo sintetiza nuestros conocimientos sobre la prehistoria de la zona de Sisicaya, en el valle de Lurín, centrándose en torno a los periodos tardíos, los cuales han sido mejor estudiados. Las investigaciones arqueológicas demuestran una fuerte presencia inca en la zona, sin embargo, los documentos etnohistóricos los mencionan poco.

Al leer el libro *Ritos y tradiciones de Huarochiri* (Taylor 1999) se entra en un medioambiente poco comprensible para la mentalidad occidental, el cual requiere de mucha interpretación por parte de los etnohistoriadores y los lingüistas, pues se ingresa en el mundo de las huacas, los ritos y las ceremonias realizadas para complacer a estas deidades. Por otra parte, la retasa y la revisita contenidas en este volumen dan otra impresión, más accesible al lector moderno, debido a que vemos a pequeñas familias abrumadas por la muerte y las enfermedades de sus familiares, luchando para poder cumplir con las obligaciones de la tasa que pesa sobre ellos. Este es un mundo más conocido: el de los burócratas de un gobierno estatal que quiere ejercer control sobre sus súbditos, contándoles e imponiéndoles un tributo difícil de pagar. Aunque la retasa y la revisita pertenecen a la época colonial y posiblemente no reflejan una realidad precolombina, debe de haber alguna correspondencia. La arqueología puede ayudar a reconciliar estas visiones porque aporta el sentido de *la longue durée* de Braudel¹, pues la sociedad de fines del siglo XVI descrita aquí tuvo una evolución lenta hasta el punto donde la encontramos a través de la revisita y las leyendas. Se trata de pequeños pueblos y curacazgos cuyas estructuras domésticas y rituales todavía quedan a la vista del transeúnte a lo

¹ Para mayores explicaciones sobre este concepto, véase Knapp (1992: 6) y Smith (1992: 25).

largo del valle. Las investigaciones de la autora y otros colegas presentan una visión complementaria de esta sociedad de Sisicaya, cuyos cimientos se remontan por lo menos a fines del Horizonte Medio y podrían ser todavía más antiguos. A pesar de no poder comprobar de manera científica todos los datos que ofrecen las leyendas y la revisita, la arqueología ha podido proporcionar algunos indicios de su veracidad y ha hecho surgir nuevas preguntas según se verá al final de este artículo.

En el manuscrito de Huarochirí hay algunas menciones de Sisicaya y sus habitantes, los cuales estaban obligados a llevar ofrendas de coca y maíz a la gran huaca Pariacaca y a su hijo Chuqui Huampo (Taylor 1999: 115, 143). Sin embargo, no se debe confundir la zona antigua de Sisicaya con el pueblo o la reducción del mismo nombre. En este estudio vamos a referirnos puntualmente a las llactas de Sisicaya², es decir, la zona de los terrenos al cuidado de las huacas de la llamada guaranga (véase figura 1). Los documentos coloniales informan que en tiempos de los incas los habitantes de Sisicaya pertenecían a una guaranga o millar de indios yuncas. Al parecer, esta guaranga tenía relaciones estrechas con los yauyos, debido a que después de la conquista fueron incluidos en el repartimiento de Huarochirí (Dávila Briceño 1965[1586]: 160). En efecto, la primera mención de Sisicaya como guaranga o millar se encuentra en la Retasa del Repartimiento de Huarochirí (véase este volumen), donde leemos que su curaca, Diego Chauca Guaman, el mismo que aparece en la revisita, había de recibir un pequeño sueldo de catorce pesos, así como que la guaranga constaba de indios yuncas. Es interesante que Rodrigo Cantos de Andrade, el visitador, haya querido enfatizar que eran yuncas, porque todas las otras guarangas del repartimiento eran yauyos o serranos. Al mismo tiempo, llama la atención la existencia de ayllus serranos en dicha guaranga, si bien estos no eran tan numerosos como los ayllus yuncas (véase Salomon y Grosboll en este volumen). Tal vez hay una confusión sobre el término 'yunga', que se refiere a los que viven en tierras cálidas y no simplemente a los 'costeños', como creen muchos, según explica Taylor (1999: 7, nota 8).

Entonces, ¿cuáles eran los linderos de los terrenos que pertenecían a nuestro millar? Seguramente los antiguos habrían puesto mojones para delimitarlos a fin de evitar peleas con otros ayllus. En un trabajo reciente, Waldemar Espinoza resume los linderos de la guaranga según documentos del siglo XVIII (Espinoza 1997: 39-40). En aquella época se extendían desde Sisicaya hasta los alrededores de Tupicocha, San Damián, Lahuaytambo, Langa y Chorrillos. Sin embargo, en dichos documentos

² Véase Salomon y Urioste (1991: 23-24) o Taylor (1999: XVII-XVIII) para una explicación de la palabra quechua 'llacta', que antes de la conquista no tenía el significado de 'pueblo' o 'aldea', como lo tiene hoy, sino que se refería a una huaca local y la comunidad y el territorio protegidos por ella.

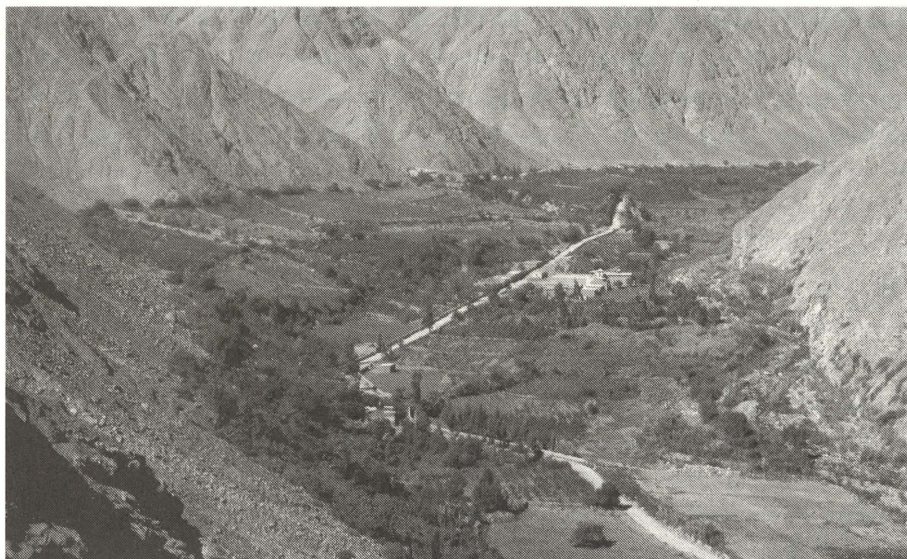


FIGURA 1. Panorama del pueblo de Sisicaya y el valle de Lurín.

los habitantes de Sisicaya estaban incluidos en la guaranga de Chaucarimac, que en el documento de 1577 ya citado aparecía como una guaranga aparte. Estos linderos del siglo XVIII aparentemente abarcaban demasiado terreno y entraban en zonas ecológicas fuera de la chaupi yunga, donde se encontraba la guaranga de Sisicaya, lo cual parece dudoso. Es más probable que los linderos de nuestra guaranga hayan llegado por el Oriente hasta el pueblo actual de Chillaco y quizá hasta Antioquía —antes Espíritu Santo de Guamansica—. Esto se debe a que pasando esta localidad se nota que los canales de riego vienen desde más allá de la confluencia de los ríos Lurín y Langa, lo que implica que estaban al cuidado de los ayllus serranos. Además, uno de los ayllus de nuestra guaranga se llamaba Llangaçapa, lo que sugiere una relación con el pueblo moderno de Langa. Otro ayllu se llamaba Papano, que formaba parte de Antioquía en el siglo XVIII (Espinoza Soriano 1997) y también a principios del siglo XIX (Córdova y Urrutia 1991[1839], tomo II: 74), por lo que creemos que sus terrenos estaban al este de Chillaco.

Por el Occidente, los linderos limitaron con Chontay, ya que se sabe que uno de los ayllus de la revisita —checa— estaba ubicado en Chontay, y es este el nombre que aparece en las leyendas de Huarochirí (Taylor 1999: 115). En este lugar se ensancha el valle, creándose un gran terreno en la ladera del sur, la cual desciende en una suave pendiente al río (véase figura 2). En el mapa del Instituto Geográfico Militar (escala 1:100.000) llama la atención un lugar llamado Lindero, ubicado en la bajada donde otra vez el valle se estrecha. Los campesinos de esa

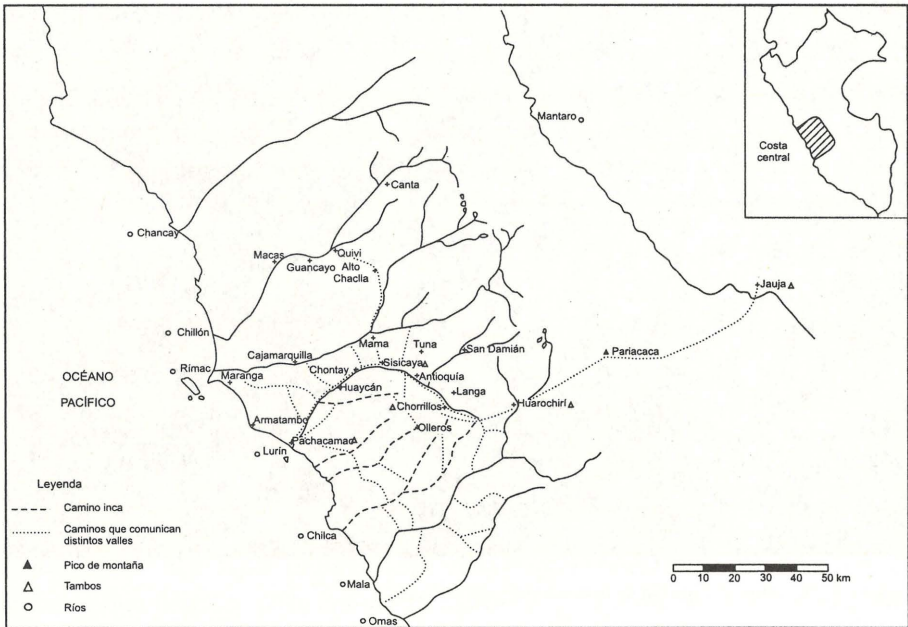


FIGURA 2. Mapa de la costa central.

zona afirman que allí empieza el distrito de Cieneguilla³. Además, el propio Guaman Poma, al pasar por esa zona en su viaje a Lima alrededor de 1614, menciona haber encontrado a don Martín Chauca Guaman, hijo de don Diego, curaca de la guaranga de Sisicaya, con sus campesinos en Chontay (Guaman Poma 1966[1615], tomo III: 273). Lindero dista más de veinte kilómetros de Chillaco, lo que dada la angostura del valle entre estos puntos no proporciona una gran extensión de terrenos aptos para cultivar. Veamos cómo los aprovechaban.

El medio ambiente y los recursos naturales

La zona en discusión está ubicada en lo que los geógrafos llaman la yunga marítima (Pulgar Vidal 1967: 65-80) o la chaupi yunga (Rostworowski 1977b: 24, Marcus y Silva 1988: 2), esa zona entre costa y sierra, que no es una ni otra, y suele encontrarse entre los 500 y 2.000 metros sobre el nivel del mar. En el valle del río Lurín, la chaupi yunga empieza a partir de la quebrada de Molle, extendiéndose

³ El propio Raimondi, en las notas de viaje para su obra *El Perú*, ha hecho notar que los terrenos de la hacienda Cieneguilla —que se encuentra a mitad del camino entre Chontay y Pachacamac— se extendían casi hasta Chontay (Raimondi 1945[1862]: 10), lo cual sugiere que formaban parte de otro curacazgo y que no pertenecían a la guaranga de Sisicaya.

hasta el pueblo de Cruz de Laya, situado en la confluencia antes mencionada. Entre Laya y Molle el río corre encajonado entre cerros altos y desérticos, con laderas empinadas, lo que impide la construcción de largos canales de riego⁴. Estos cerros, así como los contrafuertes de otros más altos, son cruzados por quebradas laterales que desembocan en el valle y que suelen ser muy secas (véase figura 3). En las épocas de lluvias muy fuertes el agua de los huaicos corre a lo largo de estas quebradas buscando una salida al río. Con el paso de los años, los sedimentos de estos huaicos crearon terrazas laterales en estas quebradas, cuyo cono aluvial queda suspendido sobre el río. Estas terrazas son importantes para la arqueología porque la mayoría de las ruinas precolombinas de todas las épocas se encuentran en ellas, como también en la falda de los cerros colindantes y en la cima de los contrafuertes o estribos. Ya se ha hecho notar que el valle se ensancha un poco en ciertos lugares, como Chontay, el balconcillo de Avillay, entre Sisicaya y Antapucro y alrededor de Antioquí y Cochahuayco. Aquí es donde se encuentra la mayoría de los andenes de cultivo cuyos canales de riego empiezan aguas arriba, donde el valle es más angosto. En nuestra zona, estos canales tienen un largo aproximado de tres kilómetros como máximo, pero valle abajo son mucho más largos.



FIGURA 3. Quebrada lateral desértica cerca de Antapucro. Estas quebradas eran antiguas vías de comunicación entre otros valles costeros y la sierra.

⁴ Actualmente los campesinos han solucionado el problema de traer agua alrededor de las quebradas laterales instalando largos caños de plástico que a veces quedan suspendidos sobre la boca de la quebrada; en las épocas precolombinas tenían que excavar el canal alrededor de ella.

Existen ligeras diferencias entre la vegetación de los cerros de Molle, a 500 metros sobre el nivel del mar y la de los de Antioquía, que se elevan a 1.500 metros de altitud. Los primeros quedan desnudos, formando un verdadero desierto de piedras y guijarros sin vegetación. Las garúas de la costa no son lo bastante fuertes para producir una vegetación de lomas. En cambio, en los alrededores de Antioquía abundan los cactus en las laderas y cuando llueve brotan algunas plantas con flores. La temperatura media es de 17,5 °C y la mayoría de los días son soleados (Feltham 1983, capítulo II). En Molle no llueve sino en los años en que ocurre el fenómeno de El Niño, dando lugar a huaicos que han destruido algunos sitios arqueológicos ubicados en la desembocadura de las quebradas. La construcción de estos sitios habría ocurrido después de la conquista española, ya que los pobladores de las épocas tardías no habrían construido en el fondo de las quebradas si sabían, por experiencias anteriores, que un alud de barro iba a cubrir las estructuras. En cambio, en Antioquía llueve siempre entre enero y abril, e incluso graniza, y lo mismo ocurre hasta Chillaco, según Raimondi (1945[1862]: 16). Esto permitió los cultivos de secano en las quebradas laterales cerca de Antioquía durante las épocas de lluvia (véase figura 4).

Cerca del río los suelos son muy arenosos y llenos de guijarros y piedras, de modo que sería imposible cultivarlos debido a que no hay humus. Sin embargo, estos suelos son propicios para una vegetación de cañaverales, huarango y molle (véase figura 5).



FIGURA 4. Antiguos andenes de cultivo de secano en la quebrada de Chamacha, cerca de Antioquía.

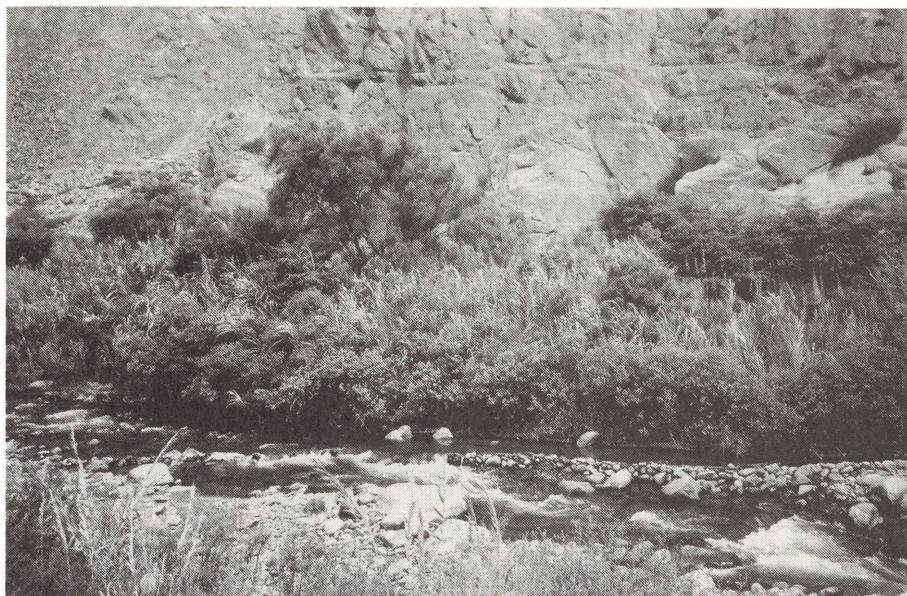


FIGURA 5. El río Lurín y el monte ribereño.

Los antiguos campesinos aprovechaban el carrizo y la caña brava para construir sus casas (véase figura 6); el huarango para la leña y el techo de algunas estructuras; y las bayas del molle fueron usadas para teñir y para la producción de un tipo de chicha. En cuanto a la fauna, en la antigüedad cazaban animales como el venado y el zorro⁵, y pescaban camarones en el río (Negro y Fuentes 1989: 68)⁶. Sin embargo, a pesar de estos recursos, debido a la pobreza de los suelos y la falta de agua, la vida permanente en el valle medio habría sido imposible sin el riego que posibilita la agricultura en las laderas empinadas y las áreas donde el valle se ensancha⁷. Muchos canales precolombinos de nuestra zona siguen siendo utilizados, aunque algunas extensiones han caído en desuso.

⁵ En nuestros días no hay venados, pero es interesante que Raimondi (1945[1862]: 8) mencione a la cría del venado en los cañaverales de la hacienda San Pedro, en el valle bajo de Lurín. Hemos tenido la oportunidad de ver bastantes zorros en el valle; este animal tenía gran significado para la huaca de Pachacamac (Albornoz citado en Duviols 1967) y aparece varias veces en las leyendas de Huarochirí.

⁶ Una lista completa de la flora y fauna indígenas se puede encontrar en Feltham (1983: 57-61) y Eeckhout (1999: 8-9), y con otras indicaciones en Raimondi (1945[1862]), Pulgar Vidal (1967) y Tosi (1960).

⁷ Marcus y Silva (1988: 34) también subrayan la escasa disponibilidad de tierras aptas para el cultivo en la misma zona del valle del Chillón



FIGURA 6. Casa moderna de quincha ubicada en una plataforma de vivienda.

Con el riego y el abono, los suelos se vuelven lo suficientemente fértiles como para cultivar toda la gama de cultivos precolombinos y europeos. Las excavaciones en los basurales arqueológicos han permitido recuperar plantas como maíz, frejol, pallar, algodón, ají, zapallo, achira, yuca, camote, coca y muchas frutas como lúcuma, ciruela del fraile, palta, paca, guayabo, chirimoya y guanábana (Cohen 1972-1974: 58-60, Eeckhout 1999: 4, Cornejo 1995: 18). Tanto la retasa del repartimiento de Huarochirí como la revisita de Sisicaya mencionan un tributo de maíz, y los campesinos mismos hablan de «chacras de maíz, frijol y otras comidas», de modo que la arqueología y la etnohistoria se refuerzan. Es interesante que en la retasa y la revisita se mencione que se pide un tributo de ropa de algodón a las guarangas serranas de Huarochirí, debido a que el algodón se cultiva en la sierra. Posiblemente los serranos buscaban el algodón para la urdimbre de los finos tapices de *cumbi*, lo que sería otro motivo para codiciar los terrenos de la chaupi yunga. Hoy día se sigue cultivando maíz en algunas chacras, pero no algodón, aunque hemos visto crecer algunos algodones en las ruinas de Nieve Nieve.

La planta más apetecida entre los antiguos era la coca. A través de los estudios etnohistóricos del valle del Chillón se sabe que era cultivada en este valle durante el Intermedio Tardío y el Horizonte Tardío y que la codiciaban todos los habitantes, fueran serranos o costeños. Las mismas leyendas de Huarochirí subrayan

que todos los habitantes de Sisicaya traían las primicias de la coca para ofrecerlas al dios tutelar de los yauyos, el gran pico de Pariacaca (Taylor 1999: 143). En la revisita leemos que una parte de los terrenos de la chaupi yunga en el valle de Lurín estaban dedicados al cultivo de la coca, porque el ayllu de Sisicaya poseía veinte chacras de esta planta y el de Chillaco un mínimo de ocho (véase artículo de Salomon y Grosboll en este volumen). Asimismo, las pocas semillas encontradas en las excavaciones de Panquilma y Avillay (Cohen 1972-1974, Cornejo 1995) son de la variedad *novagranatense*, que crecía muy bien en las vertientes occidentales de los Andes (Rostworowski 1973: 200-203). Sin embargo, los frutales han reemplazado actualmente a los arbustos de coca y la mayor parte de los terrenos están dedicados al cultivo de manzanos, peros y membrillos, que los campesinos mandan a los mercados limeños.

Otro cultivo de interés, dada la sequedad de la chaupi yunga, es el cactus *Opuntia exaltata*, el cual, además de dar la fruta conocida con el nombre de tuna, también alberga a la cochinilla, un pequeño insecto que produce un tinte de color rojo muy vivo (véase figura 7). Este cactus necesita muy poca agua para sobrevivir y en nuestros días se siembra en todas las quebradas laterales, incluso poniendo en peligro algunos sitios arqueológicos. En la visita a la guaranga de Huancayo de 1571, en la chaupi yunga del Chillón (Espinoza 1963: 65), aparece una de las chacras de la comunidad dedicada al cultivo de este cactus, de modo que es probable que



FIGURA 7. Cactus con cochinilla.

los habitantes de nuestra zona del valle también lo hayan cultivado, tal como lo hacen hoy. El rojo que vemos en los tejidos tardíos excavados en el valle de Lurín se debe a este mismo insecto (véase figura 8).

No hay suficiente pasto para el ganado, sea europeo o indígena, tan solo para unas cuantas cabras. Por las leyendas de Huarochirí sabemos que las llamas de Pachacamac pastaban en Suquiahuilca y que varios de los ayllus serranos se dedicaban al pastoreo (Taylor 1999: 253). La gran cantidad de huesos de camélidos y herramientas fabricadas con esos huesos que están presentes en los basurales de Sisicaya permiten suponer que la guaranga del mismo nombre tenía acceso a estos animales, sea por poseer terrenos de pasto más arriba, o por intercambio (Feltham 1983: 1040). La retasa y la revisita exigían a los vecinos de Sisicaya un tributo de ganado de la tierra, es decir, camélidos, pero ellos no reconocían ser dueños de estos animales. Es interesante este hecho, debido a que sugiere que los sisicaínos tenían la costumbre de dar camélidos al inca, sea para ofrendas y sacrificios, o por la lana. No sabemos si mintieron al visitador —lo que no parece muy probable—, si habían perdido sus derechos a los pastos para camélidos, o si pensaban pagar el tributo de ganado de la tierra en pesos de plata.

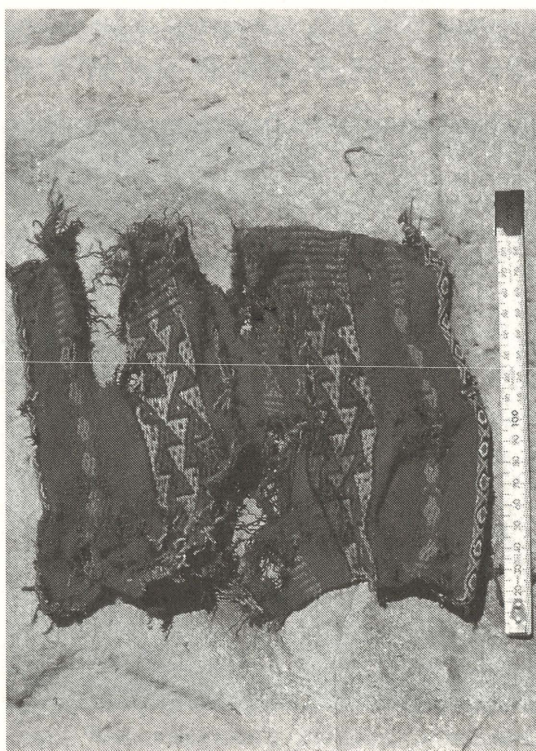


FIGURA 8
Textil de Huaycán teñido de rojo.

Otra característica de la chaupi yunga es la falta de arcilla apta para la fabricación de la cerámica (Feltham 1983: 56, Tosi 1960: 33). Hasta ahora no se han encontrado hornos, lo que lleva a pensar que la cerámica no era fabricada allí. Sin embargo, creemos que hay dos posibilidades. En la estación de invierno, entre junio y agosto, cuando ya se había terminado la cosecha y antes de iniciar el sembrío para el año próximo, los vecinos de Sisicaya iban a la costa o a la sierra para conseguir la arcilla necesaria. Por ejemplo, podrían haber acudido a la zona cercana de Santo Domingo de los Olleros, donde parece que existió siempre una tradición de alfareros. Desde ahí habrían traído la arcilla para fabricar las vasijas cerca del río, donde podrían aprovechar el huarango como leña. Otra posibilidad es que hayan fabricado las ollas *in situ*, cerca de la mina de arcilla y las hayan llevado a su hogar ya listas. En Pachacamac se ha recuperado un fragmento de cerámica tardía que muestra a un hombre que lleva cinco o seis ollas sencillas, no decoradas, atadas en la cabeza por medio de una soga (véase figura 9), lo que comprueba que tenían la costumbre de llevar ollas de un sitio a otro. También podrían haber viajado a la costa para conseguir la arcilla cerca de San Bartolo, donde hay una mina de arcilla, o cerca de Pachacamac. En cuanto a la cocción, si fabricaban las ollas en la costa, probablemente excavaban un hoyo

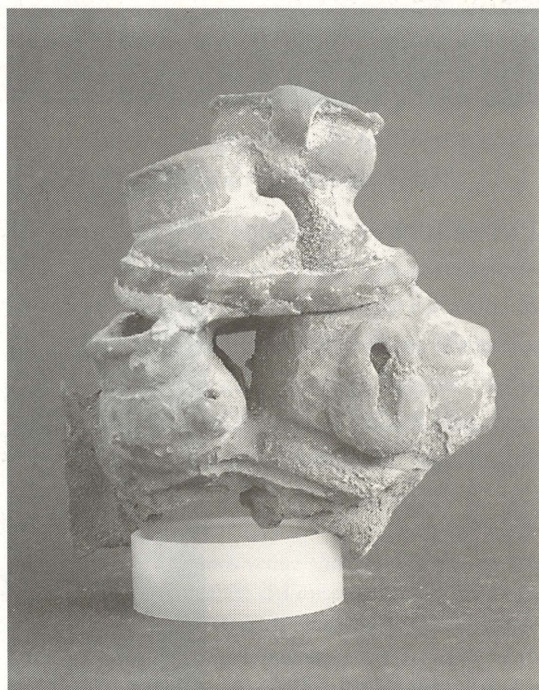


FIGURA 9
Fragmento de cerámica proveniente de Pachacamac en la que se ve a un personaje que lleva ollas en la cabeza.

donde colocaban las vasijas, cubriéndolas con arena, la cual de vez en cuando dejaba señales de vitrificación en la superficie externa. Esto se debe a que la alta temperatura del horno hacía que los granos de arena se pegaran a la superficie de las ollas (Díaz y Vallejo 2002: 59) (véase figura 10). Pero si fabricaban las ollas en la sierra, seguramente amontonaban las vasijas en el suelo y las cubrían con leña u otro combustible, como el estiércol de llama. Estas ollas nunca fueron cocidas a una temperatura alta, resultando vasijas menos duras, de color marrón oscuro y con un núcleo gris en el centro (véase figura 11).

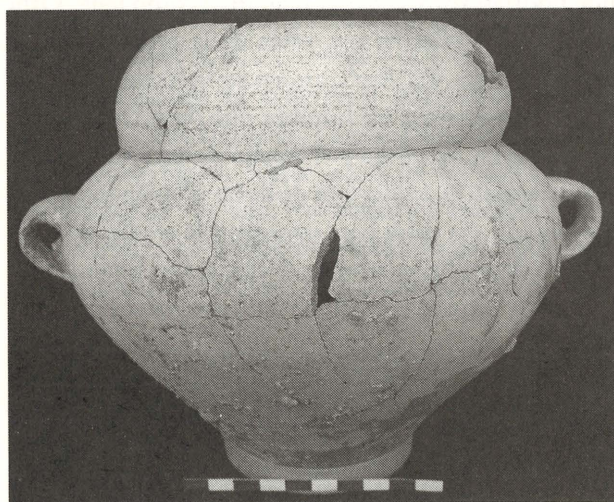


FIGURA 10
Vasija de la costa que muestra
señales de vitrificación.



FIGURA 11
Olla de pasta marrón de Huaycán.

Antecedentes arqueológicos

Los arqueólogos que trabajan en el valle de Lurín enfrentan dos problemas. Por un lado, debido a la creciente urbanización, consecuencia del desarrollo de la gran ciudad de Lima, muchos sitios arqueológicos van desapareciendo bajo nuevas construcciones, no solamente los sitios ubicados cerca de la nueva urbanización de Cieneguilla, sino también los que se encuentran en Sisicaya⁸. Por otro lado, están los saqueos que han ocurrido desde la llegada de los españoles. Lurín ha sufrido más que otros valles, debido a que el camino real de los incas que unía Pachacamac y Cusco pasaba por Sisicaya, Huarochirí y Jauja. A partir de los primeros años de la conquista este camino seguía sirviendo para el tránsito de la costa a la sierra, de modo que los asentamientos y los cementerios tardíos que quedaban a plena vista de los ejércitos y viajeros españoles fueron saqueados en su afán por encontrar oro. Luego, durante la Colonia y la República, varios ejércitos estuvieron en el valle alto: el de Canterac en 1823 y el chileno en 1879, quienes también participaron en el saqueo (Matos Mar 1958: 52, Stiglich 1922).

Sin embargo, en cierto modo podemos afirmar que la arqueología comenzó con la llegada de los españoles al Perú. Son los cronistas españoles e indígenas de los siglos XVI y XVII quienes proporcionaron las primeras informaciones sobre los habitantes y las ruinas antiguas del valle de Lurín, por ejemplo, Cieza de León, Cobo y Calancha, aunque ellos se interesaban más en las ruinas de Pachacamac, ubicadas en el valle bajo. En los siglos siguientes la fama de Pachacamac atrajo el interés de muchos viajeros como Squier, Wiener y Middendorf⁹, lo cual resultó en las investigaciones de Max Uhle de fines del siglo XIX. Él también recorrió algunos sitios del valle bajo, informando sobre ellos en su libro de 1903.

En cuanto al valle medio, Thomas Patterson y un equipo de estudiantes de la Universidad de Harvard iniciaron las investigaciones en 1966. Ellos recorrieron el valle desde el mar hasta Cruz de Laya con el propósito de registrar todos los sitios arqueológicos. Declararon haber reconocido más de 350 sitios (Patterson ms.) desde la época precerámica hasta la época colonial. Santiago Agurto hizo un catastro en 1973 (Agurto y Watanabe 1974) y Alberto Bueno y Sandra Negro realizaron los planos de varios sitios en la zona de Sisicaya y más abajo, presentando

⁸ Estas invasiones han sido más frecuentes durante los últimos veinte años. El sitio de Río Seco cerca de Huaycán ha sido invadido por los habitantes de la aldea del mismo nombre. En Avillay han construido un nuevo edificio sobre los cimientos de uno antiguo (véase Feltham en prensa).

⁹ Una bibliografía bastante completa sobre los cronistas y otros investigadores del valle bajo se encuentra en Uhle (1903), Shimada (1991), Eeckhout (1999).

sus trabajos en varias publicaciones (Bueno 1977, 1978, 1980, 1982), entre las cuales destaca un estudio del sitio de Nieve Nieve (Negro y Fuentes 1989). Por nuestra parte, en 1978 realizamos una prospección y dibujo de planos (Feltham 1983, 1984). Luego han seguido otros estudios de gran interés, como los de Cornejo sobre la provincia de Pachacamac y los santuarios de Sisicaya (Cornejo 1995, 1999, 2000); el de Mesía Montenegro (2000) sobre un sitio temprano y el de Sánchez Borjas (2000), quien ha trabajado en los sitios tardíos de esta parte del valle. Peter Eeckhout (1999) también ha realizado algunos planos de sitios de esta zona, aunque ha centralizado sus trabajos en Pachacamac. Sin embargo, a pesar del creciente interés por la chaupi yunga de Lurín en los últimos veinte años, hay que reconocer que sabemos bastante de los sitios tardíos pero mucho menos de los sitios tempranos, en donde no se han llevado a cabo excavaciones ni prospecciones desde la década de 1960¹⁰. Por eso hay vacíos en nuestros conocimientos, sobre todo de las épocas precerámicas y el Horizonte Temprano. En el caso de otros periodos, los cimientos ya se han establecido, pero hace falta plantear nuevas hipótesis y temas de investigación. Las páginas siguientes tratan de resumir el estado de nuestros conocimientos.

El Precerámico Temprano (10000 - 5000 a. C.)

No se han ubicado sitios en la chaupi yunga de aquellas épocas, ni siquiera una punta de proyectil. Solamente es posible proponer una hipótesis basada en lo que sabemos de las industrias líticas del litoral y de la sierra. En los cerros localizados cerca de las lomas del valle bajo —es decir, en los cerros Tortugas, Achona y Conchitas— se han descubierto canteras que guardan restos de industrias líticas con bifaces. Por sus semejanzas con las industrias de Chivateros del valle del Chillón, las cuales están fechadas en 8000 a. C., se cree que estas industrias tendrían la misma fecha (Patterson 1966b: 149-150). Esta zona se encuentra contigua a las lomas y Patterson cree que los antiguos habitantes viajaban entre sierra y costa, aprovechando los recursos de las lomas cuando la vegetación florecía en el invierno —entre junio y noviembre—; y también los recursos del mar, pues se han encontrado caracoles de lomas y almejas en la superficie de aquellos sitios. Tal vez recogían plantas silvestres y cazaban venados y otros animales en el monte ribereño, el cual habría sido más extenso de lo que es actualmente (Patterson y Moseley 1968: 122-123). Sin embargo, los asentamientos en la costa habrían

¹⁰ Con excepción de los trabajos de Burger (1987) y Burger y Salazar (1991), que se restringen al valle bajo, aunque mencionan al valle medio.

sido solo campamentos temporales. Probablemente en el verano — de diciembre a mayo—, estos cazadores y recolectores pasaban a lo largo del valle, con rumbo a la sierra, para cazar camélidos, ciervos y otros animales. De vez en cuando habrían hecho un campamento en la chaupi yunga, pero un asentamiento permanente era imposible debido a la falta de recursos para sostener siquiera una pequeña población.

El Precerámico Tardío (5000 - 2000 a. C.)¹¹

Se ha descubierto un mayor número de restos arqueológicos correspondientes a esta época cerca del litoral, pero todavía faltan evidencias de la ocupación en la chaupi yunga. Sabemos que los antiguos costeños recogían plantas silvestres, cazaban en los matorrales y bosques del río, recolectaban mariscos y pescaban (MacNeish *et al.* 1975: 25). Además, establecían campamentos en las lomas durante los meses del invierno para aprovechar sus recursos, pero también habían algunas aldeas permanentes donde se podían aprovechar los recursos del litoral, las lomas y el interior del valle según la estación del año (MacNeish *et al.* 1975: 29). Esto ocurría en Chilca, por ejemplo (Engel 1966, Quilter 1989). Paralelamente empezaron los primeros experimentos con los cultivos, ya que se han encontrado zapallos y mates en los basurales. Se cree que estos ensayos tenían lugar cerca del río, donde aprovechaban las inundaciones estacionales durante el verano. Hacia finales de esta época empezaron a cultivar algodón, del que fabricaban redes para pescar. También empezaron a tejer en un telar rígido, entrelazando la trama alrededor de una urdimbre fija. Es posible que tales conocimientos hayan permitido una ocupación permanente de la chaupi yunga hacia el final de este periodo, pues Patterson informa sobre la presencia de pequeñas aldeas de la fase Gaviota en el valle medio (MacNeish *et al.* 1975: 34)¹², lo que sugiere el empleo de pequeños canales de riego para sus cultivos, a menos que el clima fuese lo bastante húmedo como para permitir los cultivos de secano, lo cual no se ha comprobado. Debió haber abundante tránsito a lo largo del valle, debido a que la obsidiana se encuentra en la costa, junto con plantas serranas como papa y olluco. Para conseguirlas los costeños podrían haber intercambiado sal, pescado y mariscos, los cuales han sido encontrados en sitios serranos (Burger 1992: 28-33).

¹¹ Anteriormente esta época solía dividirse en varias fases (MacNeish *et al.* 1975: 24-32, Patterson y Moseley 1968, Lanning 1967), pero algunos investigadores han puesto en duda estas divisiones (Chauchat 1988). Es inútil hacer estas distinciones, debido a que no hay evidencias arqueológicas en nuestra zona..

¹² Desafortunadamente no proporciona una referencia precisa para ubicar estos sitios.

No se ha calculado el número de habitantes, pero estos habrían aumentado, pues hay un mayor número de asentamientos cerca del litoral en los valles de la costa central y se observan los inicios de la arquitectura pública y monumental, como por ejemplo, las pirámides de Río Seco, El Paraíso y Áspero (Burger 1992), aunque todavía no se ha encontrado una pirámide en el valle bajo de Lurín.

El Periodo Inicial (2000 - 900 a. C.)¹³

Los conocimientos de la vida en la chaupi yunga mejoran con el inicio de la fabricación de la cerámica. Aunque se han registrado pocos sitios, estos proporcionan algunos indicadores de la cultura de sus habitantes. Hay por lo menos siete aldeas en Chillaco, Palma, Sisicaya y también en Avillay¹⁴. Cada una está situada en una terraza aluvial de la desembocadura de una quebrada lateral o en la falda de los cerros que bordean el valle y consisten en pequeñas plataformas de vivienda, casi circulares y tal vez semisubterráneas, dentro de un montículo de escombros que corresponden a los muros derrumbados de las plataformas. Suele haber un máximo de cuarenta plataformas. No se encuentra mucha cerámica, pero el material diagnóstico pertenece al estilo Curayacu A y B de fines del Periodo Inicial. Las formas de las vasijas imitan el zapallo y el mate, siendo cuencos abiertos, botellas y ollas sin cuello decoradas con incisiones. Se han encontrado fragmentos de estilo Curayacu A en Palma y Curayacu B en Sisicaya y en Piedra Liza (Patterson y Moseley 1968: 121). Se supone que allí vivían unas cuantas personas dedicadas a la agricultura, pues se observa la instalación de canales de riego cortos (Scheele 1970). Burger calcula una población que no excede a 150 personas en cada asentamiento (Burger 1992: 71). Se sabe que sus habitantes tenían contactos con el litoral, debido a que se han encontrado restos de mariscos en estos sitios.

Lo importante es que en aquella época empezaron a construir sitios con arquitectura monumental. Son plataformas, a veces con planta en «U», o grandes montículos de escombros que quizá estaban escalonados (Feltham 1983, Mesía 2000). En Anchucaya se encuentra uno de estos complejos, contiene poca cerámica y no ha sido excavado (véase figura 12), pero sin duda era un centro

¹³ Para la ubicación de los sitios se debe consultar los trabajos de Burger (1992), Mesía (2000), Earle (1972), Patterson *et al.* (1982), Feltham (1984) y Negro y Fuentes (1989).

¹⁴ Tomamos nota de la existencia de plataformas de vivienda de esta época al hacer una prospección de toda la quebrada de Avillay a fines de los años sesenta, pero en ese entonces no nos dimos cuenta de su significado porque había muy poca cerámica. Desgraciadamente este sector ha sido destruido por un campamento del Ministerio de Transportes, pero hemos incluido su ubicación en nuestro plano general de las ruinas (Feltham 1983).



FIGURA 12. Complejo de Anchucaya con planta en «U». Periodo Inicial/Horizonte Temprano.

ceremonial adonde acudían los vecinos de las aldeas cercanas (Mesía 2000: 49). Hay otras pirámides pequeñas en Piedra Liza, Huaycán y Chamaná, y más grandes en el bajo Lurín, como Mina Perdida, Cardal, Parka y Manchay Bajo (Scheele 1970, Burger 1992). Es posible que los habitantes de la chaupi yunga hayan acudido a estos centros de vez en cuando para participar en ritos relacionados con su religión. Tanto Mesía como Burger (1992) caracterizan a estos centros como independientes pero culturalmente relacionados, lo que es probable, dada la semejanza de la cerámica encontrada en cada uno de ellos. Según Burger, hacía falta mucha mano de obra para la construcción de los centros más grandes, por ejemplo, más de seis y medio millones de días de trabajo para la Florida en el valle de Rímac (Burger 1992: 61). Los centros del valle medio son más pequeños, aunque todavía no se han encontrado todos los asentamientos que pudieron haber sido construidos. Seguramente existieron mecanismos sociales para movilizar tanta mano de obra, quizá creencias compartidas¹⁵. Un análisis de los entierros del valle bajo no revela gran estratificación de la sociedad. Los individuos de alto rango habrían alcanzado ese estatus por sus conocimientos, sus logros o quizá por parentesco (Burger 1992: 75).

¹⁵ Para mayor información sobre los centros ceremoniales del Periodo Inicial en el valle bajo, véase la obra de Richard Burger (1992)

El Horizonte Temprano (900 - 200 a. C.)

Burger afirma que la civilización del Periodo Inicial decayó a partir de principios del Horizonte Temprano en la costa central, pero siguió floreciendo en la sierra central (Burger 1992: 183-184). En aquel entonces cesó la construcción en Cardal y Mina Perdida en el valle bajo de Lurín, pero parece que las aldeas ya mencionadas de la chaupi yunga seguían estando ocupadas, junto con el centro ceremonial de Piedra Liza. Faltan excavaciones y fechados carbónicos para este centro y los otros mencionados para saber exactamente cuándo y por qué fueron abandonados. Es cierto que Piedra Liza siguió estando ocupado durante gran parte del Periodo Intermedio Temprano, pero parece que las pequeñas aldeas ya descritas quedaron abandonadas hacia fines del Horizonte Temprano por razones desconocidas. Todavía no se han encontrado tumbas de esta época ni de la precedente en la chaupi yunga y, a diferencia de las épocas tardías, ellas no se van a encontrar en la cima de los cerros y estribos. Tampoco se han encontrado huellas del estilo Chavín en nuestra zona, lo que sorprende dada la gran influencia de aquel centro.

El Periodo Intermedio Temprano (200 a. C.- 600 d. C.)

Durante esta época la población aumentó considerablemente. Hay muchas evidencias sobre los asentamientos de la zona de la chaupi yunga, aunque requieren de un estudio más profundo. Earle creyó encontrar un componente cerámico del Intermedio Temprano en 44 sitios entre la quebrada de Molle y la aldea moderna de Palma, cerca de Chillaco (Earle 1972: 471). En cambio, un estudio de Patterson *et al.* (1982) encuentra tal componente cerámico en 53 sitios en el mismo trecho del valle. En nuestra prospección de los años setenta calculamos 70 asentamientos para dicho periodo entre Molle y Chaimayanca¹⁶. Es lamentable la falta de acuerdo sobre la secuencia cronológica propuesta por dichos investigadores¹⁷, de modo que no podemos estar seguros de cuántos sitios estaban ocupados en cualquier momento de aquella época, para intentar un cálculo de la población. Earle (1972) calculó un máximo de 1.400 personas para el valle medio, entre Molle y Palma, a partir del número de casas ocupadas en cada fase y una familia de cinco personas por casa, pero como no hay certidumbre sobre

¹⁶ La zona de estudio de cada investigador no corresponde precisamente a los terrenos de la guaranga de Sisicaya. Sin embargo, revela el gran aumento en el número de sitios y por consiguiente en la población.

¹⁷ Compárense, por ejemplo, las figuras 2-9 en Patterson *et al.* (1982) y el cuadro 1 en Earle (1972: 471).

la cronología de las fases, tampoco se puede confirmar el cálculo. Dado el gran número de asentamientos del Intermedio Temprano en el valle medio y que la cerámica llana de la época se encuentra en todo el valle y en las ruinas de Pachacamac, creemos que la población era más grande de lo que afirma Earle. También parece que continuó en crecimiento, tal vez hasta los límites de lo que podía sostener la agricultura del valle, debido a que en el Horizonte Tardío no estaban en uso todos los antiguos canales. En Piedra Liza, el camino inca pasa por encima de un canal del Intermedio Temprano, cortándolo de forma que no se podía utilizar. Esto sugiere que tampoco estuvo en uso en el Intermedio Tardío, ya que los incas habrían construido un puente sobre el canal. Además, una investigación de los canales de riego demuestra que para fines de aquella época habían sido extendidos hasta su máximo y que algunas extensiones nunca fueron terminadas. Los tiestos asociados con una de estas extensiones abandonadas eran de estilo Nieve-ría, es decir, de principios del Horizonte Medio (Feltham 1983: 144).

La mayoría de los asentamientos eran aldeas sencillas que contenían de veinticuatro a cincuenta viviendas y estaban ubicados en las vertientes de los cerros (véase figura 13). Aunque no se ha excavado ninguno de estos asentamientos, se sabe que cultivaban toda la gama de plantas conocidas del Perú precolombino y que aprovechaban los recursos marinos, ya que se han encontrado sus restos en la superficie de las plataformas de vivienda. Los mariscos y el pescado habrían sido



FIGURA 13. Plataformas de vivienda que datan del Intermedio Temprano. Están ubicadas cerca de Sisicaya.

obtenidos por medio del intercambio con los habitantes del valle bajo, o bajando ellos mismos al litoral a pescar.

Al mismo tiempo empezaron a construir lo que parecen ser viviendas en la cumbre de pequeños promontorios que bordeaban el valle o en los estribos de las quebradas laterales, a una altura entre 50 y 250 metros sobre el suelo del valle. Las laderas empinadas ofrecían una ventaja para la defensa. Muchos de los asentamientos de altura contienen recintos bastante grandes y rectangulares, con ocho a diez cuartos, dentro de los cuales se hallaron piedras de moler. Earle cree que son residencias de los curacas o de una elite (Earle 1972: 475). En la parte trasera de la cumbre, donde esta se juntaba con los cerros más grandes ubicados atrás, fueron construidos uno o dos muros (véase figura 14). La ubicación de estos asentamientos ciertamente lleva a pensar que tenían una función defensiva y que eran como pequeñas fortalezas en donde los pueblos podían refugiarse en caso de incursiones de otras poblaciones. Earle afirma que se trataba de sitios fortificados y que la guerra era un factor importante relacionado con la expansión de un supuesto Estado Lima (Earle 1972: 475-476). Sin embargo, no se ha comprobado totalmente que se trate de sitios fortificados, hay otras explicaciones para estas construcciones en la cumbre de los cerros. Por ejemplo, estas ruinas dan la impresión de ser santuarios más que fortalezas. Aunque Earle menciona muros de dos metros de alto (Earle 1972: 475-476), la mayoría son más bajos y aparentemente



FIGURA 14. Muros traseros en la cumbre de un cerro cerca de Antapucro.

su función consistía en circundar un espacio que era sagrado y restringir el acceso a la cumbre del cerro, donde es posible que se hayan realizado ritos relacionados con el culto al agua y con los antepasados. Además, hay evidencias de que el clima del Intermedio Temprano era más benigno e incluso más húmedo (Cardich 1975, Shimada *et al.* 1991). Esto significa que había más agua en el río, sobre todo en los meses de invierno y por consiguiente se disponía de más agua para el riego, tal vez hasta para dos cosechas al año. Las lluvias regulares habrían llegado hasta más abajo, por lo menos hasta Sisicaya. En alguna época fue posible practicar cultivos de secano, como se ha visto en las quebradas detrás de Antioquía (véase figura 4). Maldonado y Gamarra (1978) han observado el mismo fenómeno en los andenes abandonados de la chaupi yunga del Rímac. Si hubo más lluvias en esa época, entonces los antiguos habitantes habrían construido sus viviendas, así como sus sitios de ceremonias y culto, fuera del fondo de las quebradas para evitar el riesgo de ser inundados por la mayor frecuencia de los huacos. Es posible que haya existido algún elemento que caracterice como fortaleza a estos sitios, pero hasta ahora no se han encontrado en ellos objetos como bolas, hondas, puntas de lanza o de flecha, lo que ayudaría a confirmar su función de asentamientos fortificados.

La cerámica está relacionada con los estilos Miramar y Lima de la costa (Patterson 1966a). Algunos fragmentos de estilos relacionados con Miramar se han encontrado en el valle medio y fragmentos relacionados con el estilo Lima han sido encontrados por encima de los 1.500 metros sobre el nivel del mar (MacNeish *et al.* 1975: 48 y 54), lo que significa un aumento de la influencia de los costeños. Earle ve la distribución de la cerámica lima como un indicador de la expansión del supuesto Estado del mismo nombre, centralizado en el valle de Rímac a fines de la época (Earle 1972: 476). En cambio, Patterson y sus colegas (1982) realizaron un estudio computarizado de la cerámica y ven la distribución como producto de dos formaciones sociales distintas: una costeña y otra serrana, las cuales participaban en una red de intercambio y trataban de tener acceso a recursos que no se encontraban dentro de su propia zona. Tomando como punto de partida los estudios de Murra (1975), ellos proponen un modelo en que cada grupo de parientes, sea un linaje o un ayllu, trataba de ser autosuficiente. Para hacer esto debían tener acceso a los recursos de varias zonas para suplir lo que faltaba en el área donde vivían, por ello poseían chacras en varios nichos ecológicos y también pastos en la puna. Los miembros de estos grupos vivían aislados unos de otros, pues mientras algunos cuidaban los terrenos en una zona, otros lo hacían en una distinta y otros más pastaban los camélidos. Por consiguiente, los miembros de grupos diferentes vivían contiguos porque tenían acceso a las chacras o terrenos de esa zona. Esto ocurre sobre todo en las zonas fronterizas,

como Sisicaya, en cuyas colecciones de cerámica se encuentran tipos serranos y costeños. Luego de su investigación, estos autores concluyen que para fines del Intermedio Temprano los vecinos de la chaupi yunga mantenían relaciones más estrechas con los serranos. Tal hipótesis parece ser confirmada por lo menos para las épocas tardías, porque en la revisita que se publica en este volumen consta que los ayllus serranos y vallunos convivían juntos, siendo evidente que aquellos tenían acceso a chacras donde podían cultivar la coca y quizá algodón. Los estudios de Dillehay (1979) en Guancayo Alto, en la chaupi yunga del Chillón, respaldan también esta hipótesis para el Intermedio Temprano.

El Horizonte Medio (600-1000 d. C.)

Este periodo aún no se conoce bien en la costa central. A pesar de haberse propuesto una secuencia cerámica basada en colecciones de museo recuperadas en el siglo XIX (Menzel 1964), ella no ha sido confirmada por los arqueólogos que trabajan en el área. Es seguro que hubo una lenta desecación climática y que las lluvias fueron disminuyendo. Según lo expuesto anteriormente, durante la primera parte del Horizonte Medio los habitantes del valle trataron de extender los canales de riego, pero nunca los terminaron y las extensiones quedaron abandonadas. Entonces, en los periodos tardíos la cantidad de terrenos bajo cultivo habría sido menor que en el Intermedio Temprano. Hay poca cerámica nievería en el valle y no se ha encontrado ninguno de los otros estilos conocidos, como Pachacamac o Epigonal. Unos escasos tiestos del estilo Negro, Blanco y Rojo Geométrico se han encontrado en Panquilma, ubicado en el valle bajo, al margen de la chaupi yunga.

¿Cómo explicar esta laguna? Es probable que la secuencia cerámica de la costa central necesite ser revisada, pero también es cierto que existió un vacío, pues los asentamientos del Intermedio Temprano parecen quedar abandonados y la cerámica lima dejó de ser fabricada. Este estilo fue reemplazado en el litoral por uno que imitaba algunos motivos serranos, según vemos en las vasijas epigonales; y más tarde por el estilo Ychsma y uno llamado «Punteado en zona», cuyas líneas incisas sobre una superficie mate recuerdan algunos motivos del estilo Lima. Sin embargo, no he encontrado más que dos tiestos de este estilo en Chontay (Feltham 1983: 938, figuras d, e), y el estilo Ychsma no es frecuente en nuestra zona hasta el Horizonte Tardío, lo que sugiere que se habían roto los lazos de la chaupi yunga con la costa. A pesar de esto se nota que los asentamientos se mantienen en las mismas quebradas, pero se ubican un poco más abajo de las plataformas más tempranas. A veces es difícil separar las estructuras del Intermedio Temprano de aquellas de los periodos tardíos, pues la cerámica se encuentra mezclada en la

superficie. Esto ocurre, por ejemplo, en Antapucro. Si hemos de creer en las leyendas de Huarochirí, fue tal vez a fines del Horizonte Medio cuando los yauyos, encabezados por Tutayquiri, hijo de su dios tutelar Pariacaca, se apoderaron de los terrenos yuncas, llegando hasta Chillaco en el valle del Lurín (Taylor 1999, capítulos 11 a 13). Quizá esta conquista se debió a un sismo de gran intensidad¹⁸, que produjo muertes y el abandono de los terrenos por los yuncas, debido a que los suelos se tornaron infértiles, según se lee en una descripción de Chancay de 1762, donde se narra que esto ocurrió después del terremoto de 1687 (Rostworowski 1978c: 195). Esto explicaría el auge del dios de los temblores en Pachacamac¹⁹ y el gran respeto que inspiraba tanto a costeños como serranos. Por otra parte, Sánchez (2000: 145) piensa que la llegada de los yauyos podría ser fechada alrededor de 1100 d. C., cuando hubo un fenómeno ENSO. Estas son hipótesis de trabajo que la arqueología comprobará o desechará en el futuro.

Al mismo tiempo hay que notar que en esta revisita seis ayllus de la guaranga son yauyos y cuatro son yuncas, pero en 1588 la mayoría de los vecinos eran yuncas: 491 en comparación con 149 yauyos. Además es interesante que los ayllus yauyos poseyeran pocas chacras. Si la proporción de los yuncas a los yauyos es la misma que antes de la conquista, entonces es difícil pensar en una verdadera conquista por parte de los yauyos sobre terrenos yuncas. Salomon y Grosboll (en este volumen) dicen que parecen ser archipiélagos yauyos que servían a un curaca serrano que vivía algo lejos, lo que parece confirmar el estudio de Patterson descrito para el Intermedio Temprano. ¿Acaso los yauyos habrían recibido una porción de la cosecha por haber trabajado en chacras ajenas, mientras que los ayllus yuncas habrían tenido derechos a los pastos o a los camélidos de la puna?

El Periodo Intermedio Tardío (1000-1570 d. C.)

Para esta época la arqueología recibe la ayuda de la etnohistoria²⁰. Sin embargo, hay que cotejar los datos con cuidado porque no siempre concuerdan (Feltham 2005). Parece haber un mayor número de sitios que en los periodos anteriores,

¹⁸ Por ejemplo, Raimondi menciona un terremoto ocurrido en 1860 que causó cuantiosos daños en Langa, a treinta kilómetros de Sisicaya (Raimondi 945: 19).

¹⁹ Hay que recordar que el nombre de esta deidad quiere decir 'el que anima el mundo' y no 'el que crea el mundo'. Véase Taylor (1999: XXI-XXII) y Salomon y Urioste (1991: 16).

²⁰ Las fuentes etnohistóricas son bien conocidas: las diversas ediciones de las leyendas de Huarochirí, la retasa de 1577, esta visita y otras parecidas realizadas a los pueblos de la costa central; además de los muchos documentos citados en los estudios de Espinoza Soriano (1997) y Rostworowski (1978, 1999).

pero esto se debe a que son mucho más visibles para quien viaja a lo largo del valle. Estos sitios se encuentran en la ladera de los cerros, colindantes con el valle y en el cono aluvial de las quebradas laterales, extendiéndose a veces hasta la cima del estribo lateral que bordea la quebrada. La arquitectura es heterogénea, por ejemplo, en el suelo de la quebrada suelen haber cuartos aglutinados en aparente desorden (véase figura 15). El crecimiento parece ser caprichoso, pues los recintos han sido agregados al azar, sin forma u orden y algunos tienen vanos tapiados, lo que sugiere un cambio de uso. Dentro de los recintos hay pequeños compartimientos, de medio metro por un metro y sin entrada evidente. Su tamaño reducido ha motivado a pensar a muchos investigadores que son depósitos (véase figura 16). Algunos grupos están dispuestos alrededor de un patio cuyas medidas son variables. Más abajo de Chontay rige el mismo sistema, pero los recintos parecen ser más rectangulares y llevan bastantes capas de enlucido (cf. Sánchez 2000: fotos 1 y 2). Es difícil definir el perímetro de cada conjunto, quizá porque los antiguos no poseían nuestro concepto de lo propio y lo ajeno, en el sentido que ampliaban los ambientes sin importarles chocar o irrumpir en un conjunto ajeno; o también porque el grado de saqueo es tal que se requiere de mucha mano de obra para limpiar los muros y poder definir el contorno. En muchos sitios se encuentra un grupo, que por su tamaño y su forma de construcción, es más imponente que los otros. El patio principal es más grande y rectangular, hasta



FIGURA 15. Cuartos aglutinados de Chaimayanca.



FIGURA 16. Pequeño compartimiento en Nieve Nieve.

alcanzar el tamaño de una plaza²¹, y está rodeado de pequeños compartimientos que parecen ser tumbas, por la cantidad de huesos humanos esparcidos a causa del saqueo. Tal planta puede encontrarse en Avillay, Chaimayanca y Antapucro (Feltham 1983, Cornejo 1995: 22). La planta se asemeja a la descripción de una llacta dada por Salomon (1991: 321). Sobre la base de las fuentes etnohistóricas del siglo XVII, Salomon (1991) propone que muchos ritos relacionados con el culto a los antepasados se celebraban en este patio o plaza. Además de esto, los antiguos reformaban los recintos para enterrar a sus muertos: tapiaban el vano y cubrían el recinto con lajas o troncos de molle o huarango; luego colocaban cañas, pequeñas piedras y mortero de barro para construir el tejado, al que daban una capa final de barro y dejaban una entrada cuadrangular entre las lajas, que se supone era para renovar las ofrendas (Feltham 1983: 320).

²¹ Valle abajo hay rampas que conducen desde este patio/plaza hasta una terraza más alta, que a su vez está circundada por pequeños recintos que forman una «U» alrededor de ella. Es un patrón arquitectónico que se encuentra sobre todo en Pachacamac, donde se llama «pirámide con rampa» (Eeckhout 1999). Estas pirámides van disminuyendo según se avanza dentro del valle, la última que se conoce se encuentra en el Conjunto de las Ventanas en Huaycán (Bueno 1978, Eeckhout 1999), pero la rampa no alcanza la altura de las de Pachacamac.

Otro tipo de construcción son las terrazas que se encuentran en la falda de las quebradas laterales —Chaimayanca, Avillay, Nieve Nieve—, en las laderas que bordean el valle —Vichuya— o en el mismo cono de deyección aluvial —Tanquiri—. Son iguales a las de los periodos anteriores; pueden ser casi rectangulares o con los muros ligeramente curvos, siguiendo los contornos de la pendiente. Fueron construidas con un murete de contención delante y detrás, y estos muretes se elaboraron con piedras superpuestas sin mortero. El suelo de la terraza es plano y parece que allí levantaban una choza de quincha o de esteras, tal como hacen hoy día (véase figura 6). Algunas veces hay dos niveles de terrazas que se comunican por medio de unos peldaños. Varias terrazas muestran un pequeño pozo subterráneo que tiene entre medio metro y un metro de diámetro (véase figura 17),

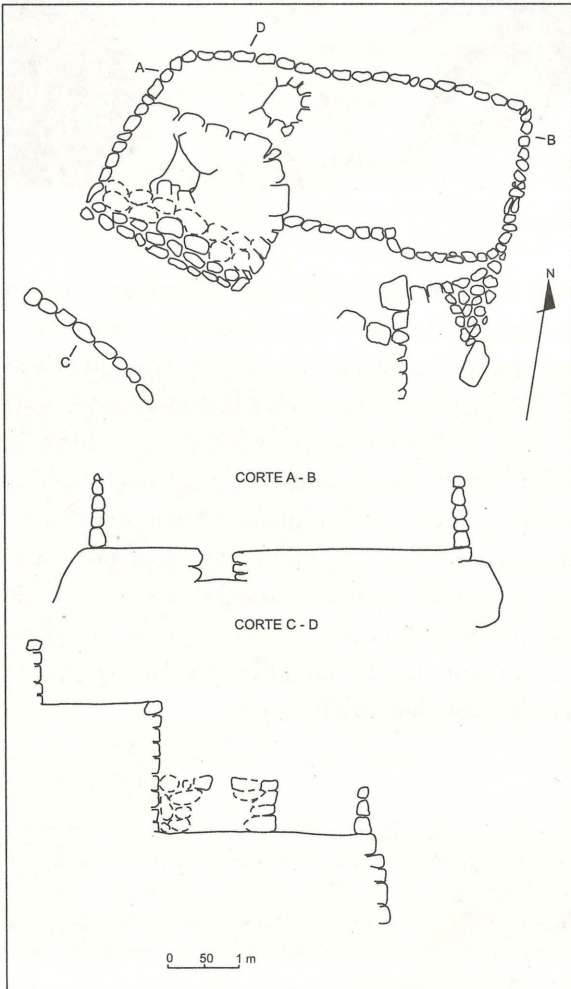


FIGURA 17
Plano de una plataforma de vivienda
en Vichuya.

donde habrían guardado quizá alguna conopa²² o cántaros y otros recipientes debidamente tapados. La cerámica que se encuentra en estas terrazas es siempre utilitaria, apta sobre todo para almacenar granos, semillas y líquidos. Todavía no sabemos exactamente qué actividades tenían lugar en ellas, pues aunque se han excavado unos pozos de prueba (Feltham 1983: apéndices), ellos no han dado grandes resultados: pequeños trozos de carbón, corontas de maíz, frejol y maní, junto con fragmentos muy pequeños de cerámica llana, todo lo cual cabe en la palma de la mano, y es lo que se espera encontrar de campesinos pobres que no tenían gran cosa para desechar. Estas evidencias indican que algunas actividades domésticas tuvieron lugar en esas plataformas²³, pero no debemos olvidar que muchas veces queremos imponer sobre la cultura de los antiguos peruanos nuestros propios conceptos de las actividades que deben tener lugar en una casa. Es muy probable que algunas de esas acciones no se hayan realizado en las estructuras de quincha, por ejemplo, el tejido, la fabricación de herramientas de piedra, incluso la cocina, sino que se hayan llevado a cabo en las chacras o cerca del río. Sin embargo, estas plataformas se parecen tanto a las terrazas de vivienda modernas (véase figura 18), que difícilmente se puede imaginar que hayan tenido otra función. Por otra parte, es posible que hayan sido viviendas temporales, quizá para los ayllus yauyos que venían desde arriba para trabajar en sus chacras. Además, sobre algunas terrazas se encuentran cámaras rectangulares en las que se enterró a un individuo (véase figura 17). Algunas de estas cámaras funerarias son de dos pisos y se parecen mucho a las de los yauyos (Villar Córdova 1935: lámina VII, Isbell 1997: 193, Sánchez 2000: foto 6). Después del entierro, la terraza —como vivienda— fue abandonada y allí acudieron los descendientes del difunto para hacerle ofrendas²⁴.

Otro fenómeno arquitectónico de interés son las pequeñas plazas enlosadas que se encuentran en la cima de algunos estribos laterales en Chaimayanca, Chamaná y Cerro Mancay en Antioquía (véase figura 19) (Sánchez 2000: foto 5). Estas suelen estar rodeadas de tumbas rectangulares de manera similar a las terrazas de vivienda. En otro sector del mismo cerro hay gradas que conducen a una pequeña explanada con tumbas rectangulares que han sido saqueadas. Estas tumbas en la cima del cerro habrían contenido las momias de los antepasados

²² Véase la carta del jesuita en los apéndices de Arguedas y Duviols (1966: 251) y la relación de Ávila (pp. 256), donde los dos mencionan los ídolos enterrados dentro de la casa.

²³ Véase Eeckhout (1999: 259) para una opinión contraria.

²⁴ Véase Cornejo para una descripción precisa de otras formas de las tumbas cuyo significado todavía se ignora (Cornejo 1995: 22).

más importantes, quizá los fundadores del linaje. En la plaza de Chaimayanca se encontraron un mortero y una mano de moler que aparentemente tuvieron fines rituales, pues solían moler la hematita y así obtenían un polvo rojo con el cual embadurnaban la cara de los muertos (Cornejo 1995: 23, nota 6).



FIGURA 18. Plataformas en la falda de un cerro con viviendas modernas cerca del pueblo de Pachacamac.



FIGURA 19. Patio enlosado de Chaimayanca.

La cerámica asociada a esta arquitectura tiene una pasta marrón que varía entre un tono muy oscuro y otro claro. No está bien cocida, pues siempre tiene un núcleo gris que revela una cocción incompleta, aunque en el Horizonte Tardío mejora la cocción. Las mismas formas parecen ser aprovechadas tanto para almacenar los alimentos como para cocinar (véase figura 10). En la costa, la cerámica suele tener mejor cocción y pasta de color naranja, de la que ya hemos hablado anteriormente (véase figura 9). Sin embargo, no se encuentra mucha cerámica costeña en la zona de Sisicaya sino hasta después de la conquista inca.

¿Cómo interpretar entonces los cuartos aglutinados? Parece que estamos frente a complejos mortuorios que consisten en un patio, a veces con una banquetta adosada a uno de los muros. Del patio salen pasillos que conducen a otros recintos en donde guardaban objetos —aunque aún no sabemos qué—, pero que después se convirtieron en tumbas. En cierto modo nos encontramos frente al mismo fenómeno que las pirámides de Pachacamac, aunque de una forma mucho más burda. En nuestra zona todavía no se han excavado los patios ubicados dentro del conjunto. Es posible que allí se hayan realizado tareas de carácter doméstico/ritual, como la preparación de la chicha y el *ticti* que luego serían ofrecidos a los muertos y a las huacas, según se relata en las leyendas de Huarochirí. Cuando el jefe de familia moría, lo enterraban en su propio cuarto, clausuraban la entrada y reformaban la casa añadiendo nuevos recintos que debían ocupar los herederos²⁵. Todo esto sigue un patrón conocido y planteado para la costa norte y en mayor grado para Pachacamac (Eeckhout 1999), si bien en este último caso se alude a los curacas y otros jefes de linajes. Creemos que estos complejos eran las casas rituales de varios patrilinajes (Salomon y Urioste 1991: 19-21) y cada conjunto pertenecía a un patrilinaje distinto dentro del grupo mayor que es el ayllu. Los conjuntos arquitectónicos más imponentes y de mayor extensión se encuentran siempre cerca de la bocATOMA de un canal. Por ello, es lógico pensar que establecieron estas casas rituales cerca del canal que regaba sus chacras con el propósito de vigilar sus terrenos. Después de la llegada de los españoles se convirtieron en los purum huasi o casas antiguas, donde los pobladores acudían a escondidas para practicar sus antiguos ritos (Taylor 1999: 127 nota 4). Debido a la abundancia de tumbas —probablemente de los antepasados más estimados—, en la cima del cerro más cercano a la bocATOMA, y a su relación con una gran explanada o con un patio enlosado, se deduce que aquí tenían lugar los más sagrados ritos propiciatorios en honor de los antepasados y que buscaban asegurar su favor para la cosecha. Los patios enlosados son lugares muy especiales y es posible que el acceso a ellos haya estado restringido. Al igual que en

²⁵ Arriaga se refiere a cerrar la puerta por donde sacaron a un difunto y no usarla más (1968: 216).

los edificios del Intermedio Temprano, solía haber un muro en la parte trasera del estribo, cuya función era restringir el paso al santuario o al sitio sagrado donde estaban enterradas las momias de los antepasados que habían fundado los linajes²⁶.

Es posible también que algunos conjuntos rituales hayan sido establecidos para la adoración de una huaca determinada. Las leyendas de Huarochirí mencionan a Chuqui Huampo, hijo de Pariacaca, quien le ayudó a defender el valle de Lurín de una incursión de la huaca/demonio Mamañamca que venía del Rímac. Chuqui Huampo fue herido y quiso quedarse en ese lugar para impedir otra invasión de Mamañamca (Taylor 1999). En una nota marginal a las leyendas, el extirpador de idolatrías Francisco de Ávila comentó que la huaca estaba ubicada abajo de Tumna —Santiago de Tuna—, entre Sisicaya y Suquia. Eeckhout cree que el santuario ubicado en la cumbre de Chaimayanca podría ser el lugar donde se encontraba la huaca (Eeckhout 1999: 260). Sin embargo, el camino de Tuna a Lurín pasa por la quebrada de Chamacha, que va desde Tuna hasta Antioquía, de modo que es más probable que el santuario de Chuqui Huampo corresponda a alguna de las ruinas de esa quebrada, incluso aquella en la cumbre del cerro Mancay y cuya planta se asemeja a la de Chaimayanca.

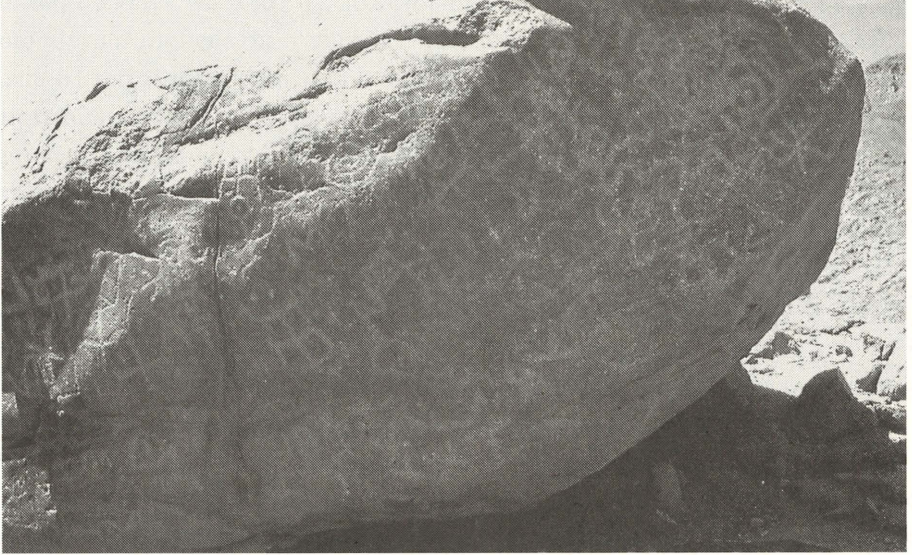
Las leyendas también se refieren a las diosas/huacas Llacsahuato y Mirahuato que estaban a cargo del ayllu de Chillaco. Los terrenos de este ayllu se encontraban al este de Antapucro, entre Chaimayanca y Antioquía, cerca del pueblo moderno de Palma. En la margen izquierda del río se encuentra una quebrada con muchas plataformas de vivienda que contienen pozos, tumbas y cuartos aglutinados como los descritos para otros sitios. Es probable que estas huacas se encontrasen en las cercanías de estas ruinas, aunque lo más probable es que fuesen destruidas por los extirpadores de idolatrías.

Otro rasgo que destaca en el paisaje son los petroglifos que se encuentran grabados sobre rocas y piedras en la cima del cerro localizado frente a Chaimayanca, en la margen izquierda del río. Los motivos grabados representan a fauna estilizada y personajes míticos. En la margen derecha del río Chontay se observa un petroglifo similar. Eeckhout sigue la opinión de Villar Córdova y Shimada, y los fecha en el Periodo Intermedio Tardío, puesto que estos autores creen que señalan una frontera entre varios grupos étnicos, lo que concuerda con una invasión de los yauyos en esta época (Eeckhout 1999: 262). Sin embargo, creemos que son más antiguos y se remontarían hasta el Periodo Intermedio Temprano, debido a que hay tiestos de

²⁶ Lamentablemente, la mayoría de estas momias fueron destruidas por los extirpadores de idolatrías (Taylor 1999). Los otros entierros fueron saqueados por los buscadores de tesoros y los huesos yacen esparcidos por el suelo.

esta época en los alrededores. Es posible que haya sido un lugar donde se realizaban ritos y ceremonias, porque hay muros bajos que rodean el cerro para restringir el acceso y para indicar su importancia como lugar sagrado (véanse figuras 20a y b).

a.



b.



FIGURAS 20a y b. Petroglifos cerca de Antapucro.

En el estado actual de nuestros conocimientos resulta algo aventurado proponer una cifra para el número de habitantes de la zona durante el Intermedio Tardío. Disponemos de datos más confiables para el Horizonte Tardío, si bien se puede pensar en un máximo de cinco mil personas de todas las edades para la zona de Sisicaya durante el Intermedio Tardío, antes de transformarse en una guaranga inca. Es posible que cada conjunto con un patio haya servido por lo menos a cuatro familias en una época determinada. Esto significa un mínimo de veinte personas, suponiéndose un promedio de cinco personas por familia. Resulta difícil averiguar el número de conjuntos con patio utilizados en un lugar determinado. En los sitios de gran tamaño habrían existido unos diez conjuntos —doscientas personas— y en los pequeños de uno a tres —de veinte a sesenta personas—. Entre Molle y Sisicaya hemos registrado 69 sitios tardíos, cantidad que nos lleva a una población entre tres mil y cinco mil personas. Por otra parte, es interesante notar que, según las notas de Ávila a las leyendas de Huarochirí, hay seis nombres para los hijos según el orden de nacimiento, lo cual induce a pensar que era frecuente tener seis hijos (véase el artículo de Salomon y Grosboll en este volumen). En tal caso quizá debemos revisar nuestros cálculos de la población y ajustarlos a seis mil o siete mil personas. En la revisita de 1588 el número de hijos es mucho menor, ya que cada matrimonio parece tener de uno a cuatro y a veces ninguno, pero esto se debe seguramente a epidemias como la de sarampión, que se mencionan en las leyendas (Taylor 1999: 258).

El Horizonte Tardío (1470-1532 d. C.)

La conquista inca introdujo cambios en la arquitectura, la cerámica y naturalmente en la organización política del valle. La retasa de 1577 señala que los habitantes de la zona de Sisicaya se consideraban indios yuncas, en contraste con los vecinos de las otras guarangas del repartimiento de Huarochirí, que eran indios yauyos, como ya se ha comentado en la introducción a este ensayo. Se ha planteado que los incas entregaron la guaranga de Sisicaya a los yauyos como agradecimiento por su ayuda en las guerras de conquista (Rostworowski 1999: 10), sin embargo, no hay referencia en otra crónica a esta entrega por parte de los incas y por ahora se debe poner en duda.

Para los vecinos de nuestra zona, el camino real que recorría el valle desde Pachacamac hasta Jauja era muy importante (véase figura 21). Que el camino atravesara el valle de Lurín en vez del Rímac, valle mucho más grande, se debe a la huaca de Pachacamac. Los incas tenían mucho interés en promover la influencia de esta

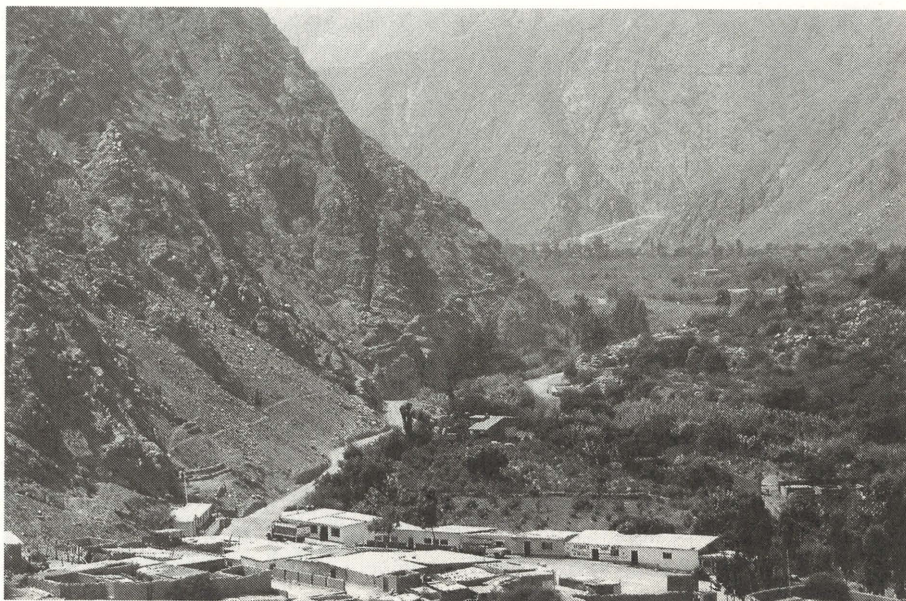


FIGURA 21. Camino inca cerca del pueblo moderno de Nieve Nieve.

huaca, deidad tutelar de los ychsma, un grupo étnico que vivía en el valle bajo de Lurín y cuyos terrenos se extendían hasta Manchay. La huaca de Pachacamac fue visitada por Tupa Inka, quien mandó construir allí un templo —dedicado al dios Sol— y ayudó a extender su influencia, instalando a sus hijos en varios lugares de la costa y de la sierra vecina (Rostworowski 1977b: 203-204). Así llegó Llocllay Huancu al ayllu Checa, cerca de San Damián y Lahuaytambo (Taylor 1999: 247), y otros más a Chinchá, Mala, e incluso a la costa norte. Siendo Pachacamac de tanta importancia para los incas, extendieron y reformaron un antiguo camino desde Pachacamac a la sierra o hicieron uno nuevo. Lo más probable es que hayan reformado uno que ya existía y hayan establecido sus tambos a lo largo del camino. En Jauja el camino se juntó con el Capac Ñan, que recorría la sierra hasta Cusco. El ramal del Lurín sale desde Pachacamac en la Portada de la Sierra (Paredes 1991), en la margen derecha del río y sigue por esa margen hasta Chaimayanca, donde atraviesa el río por un puente (véase figura 22) y sigue por la margen izquierda hasta lo que ahora se conoce como Chorrillos; luego a Huarochirí y Jauja, pasando por el nevado de Pariacaca. Todavía no se han ubicado con certeza todos los tambos; a lo mejor había uno en Manchay —¿Tambo Inga?— que luego se convirtió en el de Latim²⁷, otro en Sisicaya (Feltham 1984: 61-62),

²⁷ El nombre de este tambo se encuentra en Vaca de Castro (1904).

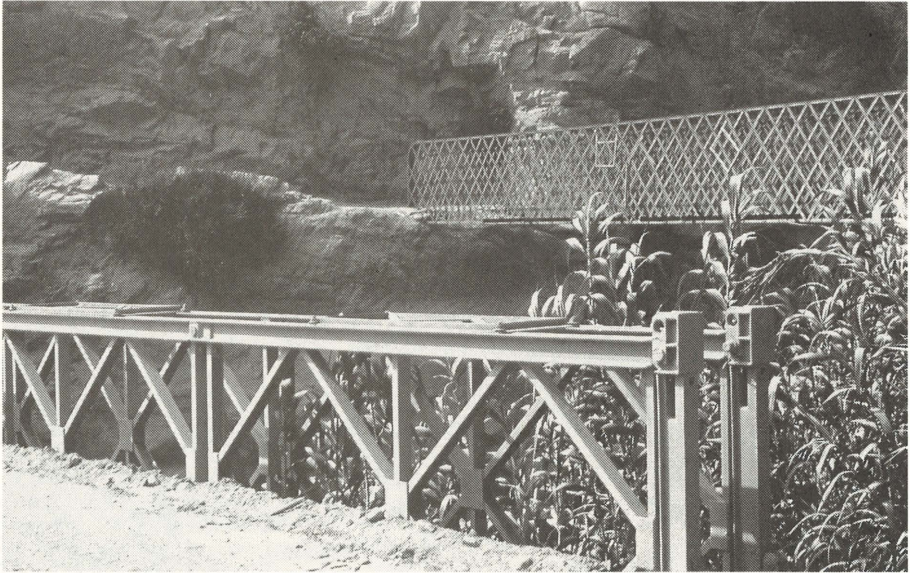


FIGURA 22. Puente republicano detrás del puente moderno. Este puente reemplazó a su antecesor inca.

en Chorrillos, anteriormente Aquipa y luego en Huarochirí (Vaca de Castro 1904). Las distancias entre estos lugares concuerdan más o menos con lo que sabemos de los tambos (Hyslop 1984: 20)²⁸. Este camino era oficial y era utilizado solo por los funcionarios del Estado inca, pues apenas tiene un metro de ancho en algunos sectores. Es improbable que los habitantes de la chaupi yunga lo hayan utilizado, pues tenían sus propios caminos, de los que aún se observan restos en la margen izquierda del valle.

La existencia del camino hizo que los vecinos del valle medio de Lurín empezaran a viajar más, pues sus obligaciones de *mit'a* y de tributo requerían sus traslados a la sierra con alimentos y ropa, los cuales eran almacenados en Jauja. Sabemos por la visita al curaca de Huaura (Rostworowski 1978c, apéndice II: 224) que los campesinos y su curaca solían llevar el tributo hasta los almacenes de la sierra ubicados en Jauja, Bombón, Cusco y Huánuco. Además, los sisicáinos se encontraban junto al camino real que conducía a Pachacamac, de modo que se comunicaban con los que transitaban entre costa y sierra. Iban a conocer otro mundo, más allá de Pariacaca en la sierra y Pachacamac en la costa. Quizá esto los indujo a aceptar fácilmente elementos incas en su arquitectura y a fabricar vasijas de estilo cusqueño para sus ceremonias. Por otra parte, el tránsito a lo largo del camino tal vez resultó en un

²⁸ En la serranía cerca de San Damián se han logrado ubicar dos tambos cuya planta es típica del estilo inca (Coello 2000, Morris 1966). Sin embargo, tal patrón no se ha encontrado en nuestra zona.

mayor intercambio de bienes. Faltan datos del Intermedio Tardío, pero las excavaciones en las tumbas de Avillay (Cornejo 1995: figuras 5, 6, 10) y los desechos de las tumbas saqueadas (Feltham 1983, apéndices) han dejado al descubierto abundantes objetos de cobre y plata como tupu, tumi, orejeras, pinzas, agujas, cuentas de mullu y de turquesa, lo que prueba que muchos campesinos tenían acceso a objetos de lujo, por lo menos durante el Horizonte Tardío.

Otros cambios que trajeron los incas fueron nuevas modalidades de arquitectura. Algunos elementos incas parecen incorporados al azar en construcciones netamente costeñas. Estos elementos se han identificado en tres sitios. En Nieve Nieve hay puertas trapezoidales (véase figura 23); ventanas muy pequeñas y uso de adobes, elemento de construcción que no se había utilizado antes del incanato en el valle medio (Feltham 1984: 59) (véase figura 24). En Avillay hay un recinto con techo a dos aguas, hastiales triangulares y puertas trapezoidales de doble jamba con amarraderos (Feltham 1984: 59) (véase figura 25). En Chaimayanca también hay un recinto con techo a dos aguas muy destruido. Es posible que las entradas hayan sido trapezoidales pero es imposible afirmar cuál fue su forma original debido a su grado de destrucción. ¿Por qué estos elementos fueron introducidos en el valle medio?²⁹ Hay varias posibilidades: tal vez algún viajero —¿el curaca?— los vio en la capital de Cusco y quiso copiarlos en su propio hogar. Se sabe que los incas mandaron que los hijos de los curacas se eduquen en el Cusco (Rowe 1946: 260), pero en esta revisita es evidente que es el curaca quien lleva las cuentas con los quipus y por lo tanto es posible que fuese él quien introdujo esta arquitectura en el valle. Por otra parte, algunos albañiles cusqueños deben haber llegado al valle para construir el edificio conocido como el Acllahuasi en Pachacamac. Los campesinos de Sisicaya habrían ido a Pachacamac para cumplir su mit'a en la construcción de ese edificio y de regreso en sus comunidades habrían querido copiar los elementos arquitectónicos más fáciles de trasladar, como las puertas de doble jamba y las ventanas, por ser novedosas y también por el prestigio de la arquitectura inca. Una tercera posibilidad es que el tambo real que estaba en el pueblo moderno de Sisicaya haya tenido una traza inca, como los de San Damián (Coello 2000), es decir, una cancha grande con recintos separados que tenían techos a dos aguas y vanos trapezoidales. Esto queda por comprobar luego de examinar los edificios del pueblo moderno, ya que Raimondi afirmó que Sisicaya estaba construida sobre las paredes de los gentiles (Raimondi 1945[1862]: 13).

²⁹ Algunos elementos como la puerta trapezoidal con doble jamba y ventanas/vanos cuadrados también se encuentran en Huaycán (Bueno 1978; Feltham 1984, figs. 1 y 2), pero son únicos en el valle bajo, con la excepción de aquellos de Pachacamac.



FIGURA 23. Puerta trapezoidal en Nieve Nieve.



FIGURA 24. Estructura con adobes en Nieve Nieve.



FIGURA 25. Casa con techo a dos aguas en Avillay.

En segundo lugar, hay una diferencia entre la disposición de los recintos y su contorno. Esto es evidente en dos sitios que podemos fechar en el Horizonte Tardío: Nieve Nieve y Santa Rosa. Sin embargo, hay que notar que ningún sitio tiene una planta completamente inca, es decir, kanchas con varias piezas independientes (Gasparini y Margolies 1977: 191-193, Hyslop 1990: 16-17); es la traza general del sitio lo que lo asocia con la arquitectura inca. Se ha mencionado que el sitio de Nieve Nieve fue analizado en detalle por Negro y Fuentes (1989) (véase figura 26); la disposición de los cuartos es similar a la de los cuartos aglutinados, es decir, algunos recintos conectados por vanos con un pequeño patio. No obstante, en Nieve Nieve todos tienen un perímetro más o menos rectangular y están separados por calles que se entrecruzan formando una traza ortogonal (Hyslop 1990: 187, figura 7.8). Hay cuatro calles orientadas en sentido norte-sur y cuatro en sentido este-oeste, creándose dieciséis unidades (Negro y Fuentes 1989: 62-63). Estas unidades deben compararse con una del suroeste, ajena a la planificación de las otras, que parece ser más antigua y tiene forma irregular. Algunos recintos son demasiado pequeños para ser habitaciones y no disponen de entrada. Muchos investigadores interpretan estas cámaras como depósitos, pero esto queda por ser comprobado (Negro y Fuentes 1989: 67), ya que no hay indicios de lo que podrían haber contenido. Otros recintos disponen de pequeñas escaleras de piedra para subir a un segundo piso, lo que sugiere que el sitio estaba en vías de construcción



FIGURA 26. Vista panorámica de Nieve Nieve.

cuando llegaron los españoles. Al sur del complejo ya descrito se encuentra una plaza con una pequeña estructura al Este, que algunos han interpretado como un ushnu inca (véase figura 27) (Cornejo 2000: 20, nota 3) y que también debe ser comprobado, debido a que no se asemeja al ushnu de la Plaza de los Peregrinos de Pachacamac (Hyslop 1990: 85). En el lado sur de la plaza se encuentra una iglesia colonial y detrás se observan unos andenes regados por una acequia cuya bocatoma se encuentra a medio kilómetro río arriba, debajo del cerro de Avillay. Lo cierto es que el sitio está relacionado con los andenes y la acequia, los cuales también deben haber sido construidos durante el incanato³⁰. La acequia termina unos doscientos metros más allá del sitio y parece existir únicamente para estos andenes, por lo tanto es lógico pensar que los habitantes de Nieve Nieve tenían que trabajar en ellos, cultivando la coca o el maíz exclusivamente para los incas o algunas huacas determinadas. En la falda del cerro se notan terrazas de vivienda, algunas con pozos pequeños. Tal vez los pobladores vivían en las terrazas y utilizaban las unidades grandes para sus ritos. Los pisos se encuentran muy limpios y no muestran señales de una larga ocupación, por lo que se cree que las excavaciones no proporcionarán grandes resultados.

³⁰ La bocatoma de la acequia principal del Balconcillo de Avillay, quizá relacionada con las ruinas de Avillay, se encuentra a medio kilómetro río abajo.



FIGURA 27. Supuesto ushnu en Nieve Nieve.

El otro sitio de interés es Santa Rosa, ubicado en la falda del cerro de la margen izquierda del río, frente al pueblo moderno de Chontay (Feltham 1983: 197-200, Eeckhout 1999: 241-244)³¹. Eeckhout ha resaltado las semejanzas entre la planta de este sitio y la de Quebrada de la Vaca, sitio inca en Arequipa (Eeckhout 1999: 244). En nuestro sitio hay una serie de plataformas con pequeños recintos adosados a los muros. Una acequia corre entre las plataformas del lado sur y lo que deben ser andenes de cultivo al norte. La sección principal consiste en seis cuartos semisubterráneos adosados a un muro alto al norte. Cada cuarto tiene una entrada localizada en el lado sur; estas entradas son estrechas y bajas, por lo que se ingresa al ambiente con dificultad, lo que presupone que servían para almacenar elementos que no eran para uso diario. A estos cuartos se accede por medio de una escalera que desciende de ese nivel hasta una terraza o explanada grande. Al Oeste se encuentran unos cuartos parecidos, cada uno en un nivel diferente. Al Este, y fuera del conjunto de terrazas, hay una serie de cuartos intercomunicados que, según plantea Eeckhout (1999: 244), son la residencia del curaca o del administrador. Un pequeño recinto al Sur, ubicado en un nivel más alto, y alcanzado también mediante una escalera, contiene tumbas que podrían ser del Intermedio Tardío. Al Este del conjunto hay dos cuartos intercomunicados; se ha planteado

³¹ Negro (1977) lo llama Chontay 2.

que estaban dedicados al culto al Sol (Eeckhout 1999: 244). El método de construcción, vale decir, la selección de piedras con una cara plana hacia fuera de modo que la superficie quede plana y el corte del muro sea trapezoidal, se parece al de las unidades más imponentes de Nieve Nieve (Eeckhout 1999: 243, Negro y Fuentes 1989: 68).

La cerámica es del Horizonte Tardío, pero también se encuentran bastantes tiestos del Intermedio Temprano (Feltham 1983: 197-200, Eeckhout 1999: 244). Se ha planteado que los campos localizados abajo y la acequia se remontan a esta fecha, pero cayeron en desuso durante el Horizonte Medio y los incas restauraron la acequia y los andenes para dedicar las cosechas al Sol o con fines estatales. Los bienes cosechados habrían sido almacenados en los recintos de difícil acceso³². Sin embargo, la presencia de las tumbas indica que el conjunto estaba ligado a algunos antepasados que tal vez fueron los dueños originales de las chacras ubicadas más abajo, y cuyos descendientes debían trabajar en ellas, entregando la cosecha a los nuevos señores. Al mismo tiempo, es interesante que la revisita señale que los checa vivían en Chontay, porque surge la pregunta: ¿acaso los incas los establecieron allí para cultivar coca o maíz en los andenes? Lamentablemente la revisita no aclara este punto y los entrevistados no reconocen ser dueños de muchas chacras. ¿Los ayllus yuncas los despojaron de esas chacras después de la caída del Imperio inca? De todos modos, los dos sitios estudiados muestran la importancia que tuvo para los incas ampliar la zona bajo cultivo, sea que estuviese dedicada a la coca o al maíz, y cómo todo esto se encontraba estrechamente vinculado al culto de los antepasados, para quienes establecieron nuevos conjuntos rituales.

Los incas influyeron mucho en la producción de cerámica en Sisicaya, mucho más que en el valle bajo. Como se ha indicado, la cerámica del Intermedio Tardío era llana, sin decoración (Feltham 1984: fig. 5 b-d) y en el Horizonte Tardío se introdujeron nuevas pastas y formas. Esto se debió a dos posibilidades: los alfareros locales fueron obligados a hacer su mit'a en Cusco y allí aprendieron a fabricar vasijas cusqueñas que eran buenas copias de las originales, o los alfareros cusqueños se desplazaron al tambo de Sisicaya donde enseñaron a sus colegas locales a fabricar estas vasijas. Tanto la cocción como la pasta son diferentes de las del Intermedio Tardío, pues la alfarería cusqueña tiene color naranja vivo o beige claro, con inclusiones redondas, rojas y negras. El tamaño de los aríbalos no suele ser tan grande como los de Pachacamac, debido a que los tiestos encontrados pertenecen a vasijas de 25 centímetros de alto o a pequeños cuencos (Feltham 1984: Fig. 5 e, f).

³² Negro (1977) lo califica como un centro administrativo inca cuya construcción quedó inconclusa.

La decoración imita con destreza los motivos cusqueños con algunos rasgos costeños (Feltham 1984: 57). Resulta interesante la gran variedad de motivos, tantos como los que se encuentran en Pachacamac. También hay cierta cantidad de cerámica de pasta gris, del estilo Chimú-Inca, y son botellas con gollete estribo y pequeños cuencos con incisiones pintadas después de la cocción con colores blanco, amarillo y rojo. Esta cerámica parece tener más bien una función ritual que una de almacenaje o de uso diario, porque la mayor parte proviene de tumbas saqueadas. Durante el Horizonte Tardío la forma local más frecuente es la de la figura 10, con pasta en varios tonos de marrón. Esta forma se remonta al Intermedio Tardío, pero en el Horizonte Tardío ampliaron el borde y le dieron un labio más aplanado, que servía tanto para almacenaje como para cocinar.

¿Cómo explicar la mayor influencia inca en Sisicaya en comparación con los sitios del valle bajo como Tijerales y Pampa de las Flores? Hemos visto que la chaupi yunga era codiciada siempre por ser zona apta para el cultivo de la coca. Los incas querían estar seguros de que nunca les faltarían existencias de coca, tan necesaria para el culto a las huacas, y por lo tanto se dedicaron a la construcción o restauración de dos complejos nuevos con andenes y acequias en las zonas aptas para el cultivo de esta planta. Por otro lado, existen muchas vías de comunicación entre los valles de la costa central que utilizan las quebradas laterales de la chaupi yunga (véase figura 1). Para controlar estas vías de comunicación era preciso establecerse en esa zona (Feltham 1984: 62). No sabemos si algunos incas vivían en Sisicaya, pero es más probable que se hayan establecido en el tambo real que en algún pueblo de la vecindad. Finalmente, los incas eran serranos y es bien sabido que no les agradaba la vida de los costeños (Marcus y Silva 1988: 27, 49). Desde la chaupi yunga, donde el clima es más agradable que en la costa, y desde la sierra contigua era posible administrar la costa sin tener que vivir en el litoral mismo³³.

La conquista española y la época colonial

Desafortunadamente, es poco lo que se sabe de lo que ocurrió durante los primeros años tras la conquista española. Las actividades rituales continuaron celebrándose en algunos asentamientos, pues en la basura de las tumbas de Avillay, Nieve Nieve y Chaimayanca se encuentran cuentas de vidrio azul, de tipo europeo, o cerámica vidriada. Poco después de la conquista, los religiosos construyeron una iglesia en

³³ Dillehay (1979) encuentra que los incas se establecieron en la sierra baja del Chillón, más que en la chaupi yunga o en el litoral, por varios motivos, entre ellos el control de los canales de riego.

Nieve Nieve (véase figura 28)³⁴, quizá porque querían contrarrestar la influencia de los antepasados cuyo culto todavía se celebraba allí³⁵. Otros han visto un cambio de función del recinto inca de Avillay, el cual se convirtió en iglesia. Bueno (1975: 74) ha planteado que la pintura mural del muro este es colonial, opinión que no compartimos por las razones expuestas anteriormente (Feltham 1983: 98). Lo cierto es que cuando se realizaron las reducciones de Toledo, los habitantes de Sisicaya fueron congregados en el pueblo actual, que antes era un tambo³⁶ (véase figura 29). Fue Diego Dávila Briceño (1965: 162) quien los redujo en este pueblo, el cual había de compartir un sacerdote con San José de los Chorrillos. Dávila Briceño también menciona el tambo real de San Francisco de Sisicaya, lo cual prueba que esta estructura se encontraba en el pueblo, por lo menos durante la Colonia. No sabemos por qué disminuyó la población de alrededor de cinco mil personas³⁷ a solamente 757, cantidad calculada para 1578 (véase artículo de Salomon y Grosboll en este volumen). Para responder a esto hacen falta estudios antropológicos de los numerosos huesos esparcidos sobre la superficie de los sitios. Algunos individuos habrían muerto por las enfermedades introducidas por los españoles; otros en las guerras que tuvieron lugar, por ejemplo, la rebelión de Manco Inca, cuyo ejército llegó a las cercanías de Lima; otros más cumpliendo la mit'a en las minas; y algunos por haberse fugado al interior para escapar de tal suerte. La población disminuyó aún más. En 1839 Córdova y Urrutia reportan una población de 75 indígenas para Sisicaya y 62 para Chontay (Córdova y Urrutia 1991 [1839]: 75). En 1862, Raimondi los describe como pueblos miserables (Raimondi 1945: 12-13). Hoy día este comentario parece injusto. Es verdad que Sisicaya parece algo desamparado pero, con el crecimiento de la gran Lima, Chontay ha cambiado bastante, lo mismo que Antioquía. El pueblo nuevo cerca de Nieve Nieve ha crecido durante los últimos veinte años y ya tiene agua potable. Sin duda el futuro traerá más cambios, pero el espíritu de los antepasados continuará vigilando las chacras y cuidando el bienestar de sus vecinos.

³⁴ Algunos investigadores piensan que la iglesia de Nieve Nieve es una kallanka inca modificada para convertirse en iglesia durante la Colonia (Cornejo 1995: 20, 1999: 77). Nuestras observaciones no concuerdan con esta afirmación; hemos examinado exhaustivamente el edificio y no encontramos indicios de otras puertas, salvo la que se encuentra al oeste; además, las ventanas del lado norte tampoco son reformas de puertas antiguas de una kallanka. Sandra Negro, quien ha estudiado el sitio a fondo, opina de la misma manera (Negro y Fuentes 1989: 61).

³⁵ Se ha planteado que Nieve Nieve es una reducción colonial, pero si fuera así, la plaza con la iglesia y algunos edificios administrativos estarían en el centro de las ruinas y no a un lado de ellas (Hyslop 1990: 321, nota 4).

³⁶ Véase Feltham (1984: 61), donde se exponen las razones para creer que el antiguo tambo inca estaba ubicado en Sisicaya y no en Chaimayanca ni en Chontay.

³⁷ Hemos calculado una población entre 4.500 y 6.000 habitantes para el Horizonte Tardío (Feltham 1984: 48).



FIGURA 28. Iglesia colonial de Nieve Nieve.



FIGURA 29. Plaza de Sisicaya, donde tuvo lugar la revisita.

Epílogo y perspectivas para el futuro

Las páginas precedentes son un resumen de nuestros conocimientos de la prehistoria y protohistoria de la chaupi yunga del valle de Lurín, a pesar de la escasez de datos. A manera de conclusión, presentamos sugerencias para trabajos futuros.

1. La época precerámica se presenta problemática. Nuestras afirmaciones se basan en pocos datos concretos, pero un recorrido por la chaupi yunga del Lurín no aportará mayores datos, ya que los sitios debieron estar ubicados cerca del río y con el transcurso de los años habrían sido destruidos. Hay más posibilidades de realizar descubrimientos que aporten información novedosa en la sierra baja, por ejemplo, se deben hacer prospecciones en cuevas y abrigos rocosos desde Langa hasta Huarochirí, pues es probable que allí se encuentren sitios precerámicos para explorar y fechar.
2. Hacen falta mayores datos sobre el Periodo Inicial y el Horizonte Temprano, con fechados más seguros. No existen más pirámides con planta en «U» río arriba de Anchucaya, pero parece que existen otras pequeñas pirámides en la chaupi yunga, de más larga ocupación que las primeras. Están presentes en Huaycán, Piedra Liza y Chamaná y deben ser investigadas antes de que la creciente urbanización del valle las destruya para siempre.
3. No se conoce con certeza la función de los asentamientos ubicados encima de los cerros, los cuales se han fechado como pertenecientes al Periodo Intermedio Temprano. Se ha afirmado que son fortalezas o sitios fortificados, pero también pueden ser centros construidos con fines ceremoniales. También es posible que hayan desempeñado ambos roles y se espera que excavaciones controladas aclaren este punto.
4. Urge saber más del ocaso de la cultura Lima en la costa central y el valle de Lurín. La mayoría de arqueólogos cree que se debe a las invasiones del imperio Wari, pero no hay evidencias de este fenómeno. La presencia wari en este valle parece deberse a un fenómeno de peregrinaje a Pachacamac, lo que explica el hallazgo de cerámica relacionada con esta cultura en las tumbas de esas ruinas. Además, en el valle no se encuentran evidencias del estilo denominado Pachacamac.
5. ¿Hubo realmente una invasión de los yauyos a fines del Horizonte Medio o principios del Intermedio Tardío? El manuscrito de Huarochirí parece confirmar esto, pero queda preguntarse: ¿son meras leyendas para justificar la apropiación de terrenos abandonados por motivos hasta ahora desconocidos que la arqueología no ha podido comprobar?

6. En cuanto al Horizonte Tardío, resulta interesante comprobar que, 55 años después de la llegada de los españoles, los vecinos del valle habían borrado a los incas de su memoria, pues no los mencionan ni en la revisita ni en la retasa. Aunque algunos de los tributarios tienen más de sesenta años, es decir, eran niños cuando sucedió la conquista española, habrían guardado pocos recuerdos de los incas y el manuscrito de Huarochirí los menciona, quedamos con la impresión de que se trata de un grupo distinto, de personas lejanas que no afectaban mayormente la vida diaria de los huarochiranos. No obstante, si no dispusiésemos de la revisita, las leyendas y la retasa, y tuviésemos que confiar únicamente en los datos arqueológicos, diríamos que los incas impactaron mucho en la vida cotidiana de los vallunos. ¿Qué implica esto? Es probable que el gobierno inca fuese una superestructura semejante a las tramas suplementarias de un tejido costeño: cuando estas se retiran queda debajo el substrato o la construcción básica. Los datos etnohistóricos y arqueológicos son complementarios, y ambos por sí solos no dan una visión completa del pasado ni comprueban lo que revelan los otros; sin embargo, en conjunto permiten lograr la visión del pasado que todos anhelamos conocer.